

do por quién) que enseña que todo el mundo nace propietario y ladrón. La kleptomanía, esa invención elegante, ese eufemismo del lenguaje moderno, que busca nombres coruscantes para las cosas feas, existió entre los aficionados á libros desde que los hubo, y si no me equivoco, en las obras de Cicerón se encuentran ya referencias á este achaque.

En gran parte, probablemente, la costumbre de pedir libros prestados depende de la escasez, malas condiciones y casi absoluta inutilidad de las bibliotecas públicas. Si en éstas se pudiese leer fácilmente lo que interesa, poco á poco se establecería el hábito de satisfacer allí legítimas curiosidades, necesidades mentales que honran á quien las siente. Pero ¡ahí es nada el trabajo que supone leer en una biblioteca pública!

En primer lugar —y ahora me concreto á Madrid— si en una capital grande —no me atrevo á decir una gran capital— existe sólo una Biblioteca pública, es casi lo mismo que si ninguna existiese, sobre todo para los que no viven cerca del edificio. En ir á la Biblioteca se pierde media hora, una hora, y es quizá todo el tiempo de que se disponía para dedicarlo á la lectura. La Biblioteca es enorme; sus escalinatas, sus pórticos, desalientan y cansan de antemano. Las complicadas fórmulas de petición y obtención del libro también hacen perder un tiempo precioso. Las horas á que la Biblioteca se cierra son una espada de Damocles, pronta á cortar á cercén la sesión de lectura. La Biblioteca Nacional de Madrid se cierra, en invierno como en verano, á las cuatro de la tarde. Es decir, para que sea estricta la verdad, se cierra á las tres y media, porque esa es la hora en que comienzan los preparativos del cierre, y empezados los preparativos, ya no se puede leer con tranquilidad un renglón.

Claro es que la gente que tiene que ganarse la vida por la mañana, no puede leer nunca en la Biblioteca Nacional. Ese tesoro bibliográfico es absolutamente lo mismo que si no existiese, para el caso de su incorporación á la mentalidad de nuestro pueblo —y entiendo por pueblo á todos los españoles, y naturalmente á las españolas.

Haría falta, por lo tanto, reformar las horas de lectura y crear Bibliotecas establecidas en cada barrio de Madrid, en locales muy accesibles, á planta baja, si se pudiese, abiertas desde las ocho de la mañana hasta las doce de la noche, y en las cuales los libros de interés actual estén á disposición de cuantos los soliciten.

No vacilo en decir que hoy por hoy, la Biblioteca más útil de Madrid es la del Ateneo, por ser la que más se acerca al tipo de las Bibliotecas cómodas, fáciles y de prolongada sesión. Claro que está reservada á los socios, y las Bibliotecas cuya necesidad encarezco estarían abiertas á todo el mundo. Además exigirían estas Bibliotecas un Catálogo impreso, consultable á cada minuto. Porque el sistema de las papeletas lo tengo por la peor rémora que á la lectura se ha puesto, y se diría que no tiene más fin que retraer á los lectores y estudiosos.

Las papeletas serán convenientes para auxiliar á la formación del Catálogo; pero nunca puede substituirlo, porque el hecho de consultarlas devora quizás el poco tiempo disponible. ¿Por qué no tienen Catálogo las Bibliotecas oficiales? No se concibe que casas y establecimientos comerciales de librería lleven al día sus Catálogos, con bastante amplitud y con toda clase de indicaciones bibliográficas, y las Bibliotecas del Estado no puedan haber empezado el suyo, tras de largos años y con personal que ha de ser por fuerza inteligente. Lo que hace cualquier librero de viejo, un Vindel, un Rico, ¿no podrá hacerlo la nación, que tiene su presupuesto suficiente para este ramo?

Y sin embargo, los años pasan, y nunca se ve ni el anuncio de ese Catálogo, que sería la llave de tantas riquezas, hoy muertas, estériles para la cultura.

La afición á leer, tan noble como provechosa, necesita llegar al grado heroico para luchar con los impedimentos que se le oponen. Mientras, en la librería, los engendros más detestables se ofrecen por cantidades mínimas, en las Bibliotecas se diría que un celoso dragón vigila para impedir el acceso. La mentalidad de un pueblo se constituye con sus lecturas, como la sangre de los individuos se forma de la nutrición que ingieren. Y no cabe duda, el Estado, en este particular, al no proporcionar los medios de leer lo bueno, conspira contra la apropiación de la cultura, favorece el embrutecimiento nacional.

Aunque en proporciones reducidas, España empieza á aficionarse á leer. Acechan este despertar de un instinto los industriales, para colocar ediciones y ediciones de fárragos atroces, donde sufren pasión y muerte el sentido común, la literatura, la verdad y la ciencia; y debiera acecharlo el Estado, dando vuelo

á las Bibliotecas accesibles, introduciendo cada día una mejora en ventaja del público, en ventaja de nuestro cerebro.

Algunas veces, exponiendo este criterio mío á individuos del respetable cuerpo de Bibliotecarios, les he oído repetir que la mayoría de los lectores que acuden á las Bibliotecas no van tanto para instruirse como para leer libros pecaminosos, novelones sicalípticos ó tratados disolventes. Así será, pero eso ni quita ni pone al asunto. No es, ciertamente, el mejor medio de que se curen estos resabios amontonar dificultades, cercenar horas y hacer del Catálogo impreso un mito. El día en que existiese tal Catálogo, al hojearlo se les despertarían á los lectores otras curiosidades de mejor ley. Pedirían otros libros, de los cuales han oído hablar confusamente, sin tener la esperanza de manejarlos nunca. En Francia la gente más modesta se halla familiarizada con los clásicos: lee á Molière, á La Rochefoucauld, á Montaigne. ¿Quién sabe si aquí llegaría la multitud á leer á Cervantes, á conocer á Lope de Vega, señores de los cuales, no titubeo en asegurarlo, poquísimos sabrán más que el nombre?

Hace unos días fui á Alcalá de Henares á presenciar la entrada de los Húsares, que regresaban de Melilla. Mi hijo había formado como voluntario entre esa lucida tropa. Al bajarnos, en la estación, un chicuelo se empeñó en ser nuestro cicerone, con la esperanza de una fabulosa propina de cincuenta céntimos —aun cuando le aseguré honradamente que había estado en Alcalá varias veces y podía arreglármelas sola. —El chico, impertérrito, siguió enseñándome la Compluto monumental. Este es el palacio de don Fulano, esta la catedral, esta la Plaza... Aquella estatua es la de Cervantes. Me incliné hacia el chiquillo.

—¿Y qué hizo ese señor de Cervantes, para que le alzasen una estatua?

—Eso no lo sé...

No me indigné poco ni mucho de que un desarrapado de Alcalá no sepa lo que hizo la figura de bronce que se alza en el centro de la Plaza, dominando la universitaria ciudad. Recordaba que, en años anteriores, se me había ocurrido preguntar á varios jóvenes que tenían su carrera concluida si habían leído el *Quijote*. Muchos, titubeando, afirmaron que sí; otros guardaron un silencio embarazoso. Quise saber la opinión que formaban del libro nacional los que habían, según confesión propia, recorrido sus páginas de oro. Algunos salieron del paso diciendo que era «muy bonito»; otros declararon que esas cosas antiguas no les hacían felices; uno ó dos, valientes, proclamaron que ello será cosa muy buena, pero que les había aburrido... Y uno solo, al oírlo, me dijo irónicamente: «Tiene ese libro la ventaja de que, comprándolo y colocándolo en un estante, da postín y dispensa de comprar otros. Se hacen incesantemente ediciones del *Quijote*, pero no por eso crea usted que muchos pasan de aquello del rocín flaco y el galgo corredor.»

¿Quién será capaz de calcular lo que podría valer para España el que se leyese, el que cada pueblo tuviese su Biblioteca oficial y pública, modesta y copiosa, facilísima de instalar en los edificios de los Ayuntamientos, de sostener con un humilde empleado de dos pesetas diarias! Crear la costumbre de la lectura; dar ese pan de papel á ricos y pobres, sería tan bueno como higienizar, como dotar de agua á las tierras sedientas y de semilla á los labradores en años de escasez. El cerebro nacional está tan necesitado de que lo desmonten, aren y siembren como los eriales y los enormes descampados del centro de España. No se sospecha qué cosechas mágicas rendiría un cerebro tan despierto y tan virgen, que, hablando colectivamente, puede afirmarse que es un cerebro de niño.

En una misión he visto la avidez con que los aldeanos recogían las hojas impresas. No todos, acaso no muchos, sabrían leer; no importa, se lo leerían, ó sencillamente lo guardarían sin saber lo que contuviese, como guardan, á título de talismán, los versículos del Evangelio cosidos y colgados al cuello en una bolsa.

Si hay superstición fomentable, es esta: la superstición de la lectura, la superstición de lo intelectual. Porque necesitamos leer, y de la lectura saldrá la reflexión, y de la reflexión la extirpación de muchos y muy bárbaros errores. Que hay quien no entiende lo que lee... De acuerdo, pero esta contingencia es desdeñable. Unos entienden, otros barruntan, y todos ganan. Cualquier conflicto es más temible en un país de ignorancia, como toda cualquier infección es peor en una vivienda abandonada y sucia. Hay que leer, amigo presidente Canalejas.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Cantó Alfredo de Musset, refiriéndose á la libertad:

«On dit que quand ce grand fantôme
est verrouillé,
il a l'air triste, comme un tome
dépareillé.»

O, para traducirlo al idioma de Cervantes: «Cuando á esta fantasma se la encierra, dicen que está más triste que un tomo descabalado.» La comparación es graciosa: no hay, en efecto, nada tan melancólico como una obra á la cual le falta un volumen.

Los aficionados á libros conocemos bien esa impresión desagradable, hasta insufrible, del descabalamiento, que tantas veces es consecuencia de nuestras detestables costumbres bibliográficas. El hábito de prestar libros causa la mitad de los descabalos que vemos con grima y rabia, porque no hay manera de remediar el mal, y un libro descabalado produce desazones que no produce un libro perdido, regalado ó robado definitivamente.

No falta, sin embargo, quien sostenga opiniones opuestas á la que acabo de expresar. Algunos afirman que, de cada libro, sólo hay dos ó tres páginas interesantes, donde se contiene la substancia de la obra; por lo cual existe una variedad de coleccionistas que se dedican, en las bibliotecas, á recortar esas dos ó tres páginas, sutilmente y con tijera fina, formándose una librería escogida y de poco peso, fácil de transportar en un baúl. Yo repruebo el atentado de estos monomaniacos, pero su idea no deja de encerrar cierta filosofía.

Lo último que se le ocurre hacer á un español con un libro, es comprarlo. Y quizás alguien suponga que lo último que se le ocurra es leerlo; pero yo protesto, en nombre de la ilustración de mis compatriotas. Leerlo todavía sucede que se piense; comprarlo es lo raro é insólito. Y, dado que no se compra, si se quiere leer, es fuerza acudir al desacreditado, pero eficaz sistema del empréstito. Y si se logra el empréstito y el libro gusta, se sigue inmediatamente el *pise*, ó sea la adquisición fraudulenta, ya simulando olvido, ya alegando pérdida, ya en forma franca hasta el cinismo, como la que empleó conmigo un señor muy estrambótico de Marinada, al cual tuve la impremeditación de prestar *La unidad de las fuerzas físicas*, del padre Secchi, y que, después de haberle leído, me dijo sin ambages que pareciéndole bien la obra, se quedaba con ella, y que serían estériles las tentativas que yo hiciese para recobrarla.

Las teorías más audaces del comunismo y de cuantas escuelas niegan el derecho de propiedad individual, las vienen practicando sin ruido los bibliórrapos. Hombre hay que no cogería una migaja de pan que no fuese suya, y *pisa* libros con la misma serenidad con que se caza un grillo en verano. Los libros demuestran aquel axioma (emitido no recuer-

Estos baladí: s
Viernes
y de poc
que deje
lles, cocl
á mucha
niñas cu
á la calle
mito, los
breve y p
á no poc
mente i
hacer de
se trata
Inquisici
En to
no acari
agitada,
ferentes.
día se va
que en S
titosa, el
terne, la
salmón c
deshonra
les tenta
sentar, y
sesos de
balf y pá
sentido
Cuareasm
Y el c
cambiar
cerrarse
mana, ni
miento é
cos madi
el Viernes
espinaca
días, que
no se cal
ner que
en volve
derecho.
Es po
centes, y
la costum

Era el
día se vi
zareno d
proverbi
la típica
en una
puede a
cias. Un
menos c